

53. Cuestión de fe

Seguimos al Santo en su andar apostólico: es un viaje maravilloso. Él, al igual que Jesús, pasa, o mejor dicho "vuela" de ciudad en ciudad, se precipita las aldeas, sube hasta las montañas. ¡Almas, almas a la Sangre de Jesús! Nos duele no poder contar que solo en mínima parte los miles de prodigios, las miles maravillas, el inmenso bien obrado. ¿Solo el Señor lo sabe! Nosotros haremos todo lo posible, como nos sea posible, para seguir a este "Terremoto Espiritual" y quedarnos, en lo posible, con alegría y aprendizaje.

En mayo de 1818 lo encontramos en Fabriano, donde su apostolado "... es muy interesante, no solo entre la gente, sino también entre el clero, la nobleza, los artistas". "No pudiendo contrarrestar su obra de bien, algunos Sectarios maliciosos, para tener materia de acusación y conociendo la gran pobreza de su Instituto, trataron de entramparlo y sobornarlo ofreciéndole una buena cantidad de monedas de oro". Gaspar, aunque suavemente, rechazó con firmeza y los sectarios huyeron, no pudiendo resistir delante su rostro vuelto luminoso y su voz angelical que repetía: "*¡Almas, almas, y no Oro!*".

A pesar de haber perdido la voz por completo, durante unos días igualmente subía al escenario para dar el sermón en la plaza y, pronto como empezaba a hablar: "la voz se robustecía totalmente a punto de ser escuchada a millas de distancia".

Desde Fabriano se vio obligado a tomar unos días de descanso en el cercano Cerreto. Fue acompañado por un grupo de jóvenes, que, tomados por el entusiasmo, seguían el carruaje a pie, cantando las canciones de las Misiones. Incluso en este lugar obró mucho bien.

Desde Cerreto pasó a Matelica, donde aún hoy en día se habla de aquella famosa Misión. Citamos aquí algunos pasos extraídos de los archivos de tiempo: "*Se la ingenió, el Canónigo del Búfalo para pacificar las familias, a levantar los pobres, a erradicar la mala costumbre. La ciudad era muy corrupta. Daban gran escándalo jóvenes y doncellas, quienes en los jardines públicos, entre bailes alocados y canciones obscenas, se dejaban a excesos terrible*". "*Tuvo mucho que luchar en contra de las trampas de los masones y de los sectarios.*"

Para hacer brecha en los corazones rebeldes se hizo traer con solemnidad el grande Crucifijo sobre el escenario, el emotivo sermón se cerró con una procesión de penitencia, que conmovió el pueblo y obtuvo grandes conversiones. Entre estas la de la más notoria y obstinada pública pecadora. "*Muchos jóvenes y doncellas de noble linaje regresaron a Dios y devolvieron en el recto camino compañeros y compañeras*".

Gaspar, consciente de las profundas raíces del mal que plagaron aquel pueblo, se comprometió a fondo y, como era su costumbre en estos casos, no se limitó a la sola predicación, más también daba conferencias a distintas clases sociales, instituía círculos y asociaciones, organizaba eventos religiosos en público con gran solemnidad. Para la gran procesión del Cristo Yacente llegaron procesiones de todas partes y de Fabriano todo el clero, los nobles y las cofradías. "*Aquí también, - dice el mismo Gaspar - , el diablo trató de hacer su trabajo*". De hecho, llegada la hora de la procesión, el cielo se hizo amenazante. Él entonces, a los clérigos que querían suspender la manifestación, ordenó con certeza: "*Díganles a todos que nada terminó, la Sangre de Jesús y la Virgen nos acompañan*". Tan pronto como comenzó el desfile, puntualmente el cielo se despejó. Fue tanta la cera donada, que "La Virgen Dolorosa parecía colocada en un halo de fuego".

Aquí también se renovó el milagro de la voz. Nos lo narra el monje silvestrino Gregorio Ambrosio, quien, llamado a prestar ayuda en las confesiones, a las 22,30 subía a caballo hacia Matelica. A muchas millas comenzó a distinguir bien la voz del santo, que estaba predicando en la plaza. Fascinado, detuvo el caballo, descendió y se puso a escuchar hasta el final.

Una noche, mientras el Santo hablaba al aire libre en la plaza grande, todos los fieles vieron sorprendidos un globo de fuego bajar desde arriba y detenerse por un buen tiempo sobre su cabeza y luego desaparecer de nuevo en el aire.

Para estos tipos de eventos tan extraordinarios Gaspar desató tal delirio, de manera que las personas no querían dejarlo partir y tuvo que recurrir a subterfugio y partir en plena noche. Una particular profunda impresión dejó en todo el clero, que "*habiendo determinado de manera inequívoca su santidad y sus dones extraordinarios*", así hablaban de Gaspar: "Si cada uno de nosotros estuviéramos inflamados su mismo celo sacerdotal, ¡como él podríamos convertir a muchas almas y también obrar los mismos prodigios!".